

Ejercicios espirituales

Diócesis de San Andrés Tuxtla

Las etapas de la vida de Jesús

Llevamos muchos siglos de seguimiento de Jesús. Muchos siglos en los que hemos ido construyendo una Cristología ontológica que responde a la necesidad de explicarnos un misterio tan profundo como el del Dios encarnado, pero que puede haber olvidado el riquísimo drama de la existencia concreta del *teknós*, Jesús hijo de José.

Se requirieron cinco siglos de intenso debate y reflexión teológica para llegar a la fórmula de Calcedonia, que no es punto de llegada sino punto de partida de la reflexión cristológica. Cinco siglos para definir, con una precisión y un cuidado extremos, una fórmula cristológica, de modo que a nadie era lícito “proponer otra fe, escribirla, componerla, pensarla o enseñarla a los demás.”

Así dice el Concilio de Calcedonia: “Se ha de confesar a un solo y mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, perfecto en su divinidad, perfecto en su humanidad, Dios verdadero, hombre verdadero, compuesto de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre por su divinidad, consustancial con nosotros por su humanidad, en todo semejante a nosotros menos en el pecado, engendrado del Padre antes de todos los siglos según la divinidad, pero nacido en estos últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, de María virgen, Madre de Dios, según la humanidad, un solo mismo Cristo Señor, Hijo único, que hemos de reconocer en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación.”

Esta preocupación por definir en términos ontológicos el misterio de Cristo ha tenido sus hondas repercusiones en nuestra conciencia y en nuestra práctica. Nos ha podido llevar a olvidar el aspecto procesual, lento, que se dio en el mismo Jesús y que se da en todo sujeto para llegar a ser lo que se es. Nos ha llevado no pocas veces a des-historizar la llamada y a “desarraigar” a los sujetos, cuando se trata de proponer el seguimiento de Jesús en las coordenadas concretas de una vocación específica.

Partiendo de una “cristología ontológica” hemos podido imaginar que el camino abierto por Jesús no fue algo que él tuvo que ir descubriendo, sino algo dado de antemano, desde afuera y desde arriba, con total claridad, como un destino irrefutable que se impone para cumplirlo simplemente. Algo que Jesús ya traía

desde el inicio, desde siempre, y que no le supuso ninguna búsqueda, ningún discernimiento.

Así mismo, podemos olvidar que la configuración de un sujeto con la vida sacerdotal y sus implicaciones es un proceso largo, y no algo dado desde afuera y desde arriba. Es una configuración que se va dando poco a poco, con sus subidas y bajadas, sus progresos y caídas. Al proponer el camino vocacional de configuración con Cristo Sacerdote podemos hacerlo recurriendo a generalizaciones estáticas y no a un lenguaje más dinámico y de proceso que tenga en cuenta la complejidad de todo proceso humano de maduración.

Intento, en esta primera exposición, una presentación de las posibles etapas en la biografía de Jesús, según el material de que disponemos en los evangelios leído a la luz de la investigación crítica. Voy comparando estas etapas con las que ordinariamente pasa un sacerdote en su itinerario de configuración con el único Sacerdote, Jesucristo.

Primera etapa

En realidad, en Jesús pudo darse un intenso proceso de búsqueda que pasó por varias etapas. En una ***primera etapa*** él, siendo simple artesano, como la mayoría de los nuevos pobres de su tiempo, trabajador eventual en tiempos de crisis y ruptura de los tejidos sociales, pudo entender a Juan Bautista, su maestro, que anunciaba la destrucción del orden político-social injusto y el advenimiento del juicio de Dios. Jesús, en un primer momento, pudo convivir durante un tiempo con el Bautista y ser bautizado por él en el Jordán, para actuar después como discípulo y colaborador suyo en aquel mismo entorno. Durante un tiempo, compartió el mensaje y el proyecto del Bautista, que predicaba conversión, ofrecía un bautismo para perdón de los pecados y anunciaba el juicio de Dios.

Jesús pudo unirse a la causa del Bautista porque le inquietaban varias preguntas en su interior, y porque la situación social le cuestionaba. Hoy en día nos ha tocado vivir una época difícil, estamos inmersos en una especie de noche sociocultural que se manifiesta en la crisis financiera, socio-política y eclesial que vivimos. Pareciera que las grandes instituciones, incluida la estabilidad marital y familiar, la perseverancia en el sacerdocio y la vida consagrada, la credibilidad de políticos, educadores y clérigos, se están desfondando. Hay mucha gente que expresa un profundo desencanto. Personas que opinan que la realidad no da más de sí, porque el escepticismo les ha calado hasta los huesos. Nosotros mismos podemos experimentar cómo muchos de nuestros sueños de antaño se han roto y eso nos coloca en situación de vulnerabilidad y riesgo continuo. Y qué decir también, pues esta

situación de precariedad que nos rodea también afecta a los procesos eclesiales.

Un día nosotros decidimos, como Jesús, dejar a nuestro entorno familiar para entrar al seminario. Quizá eso no supuso para nosotros la estigmatización que significó para Jesús. Como quiera que sea, dejamos una familia para entrar en otra familia peculiar, la familia diocesana. Con nuestro ingreso al seminario iniciamos una etapa distinta de búsqueda en nuestra vida.

En el seminario se nos ofrecieron prácticas, motivaciones, justificaciones y ayudas para ir conformándonos con un nuevo estilo de vida y seguimiento de Jesús. Hay oración comunitaria, momentos de convivencia, dirección espiritual, formación académica, deporte, en fin, todo un encuadre que nos contiene y orienta en un sentido. Este encuadre no siempre cala en nuestro interior; puede no pocas veces mantenerse sólo en la superficie y llevarnos a adquirir actitudes y conductas meramente adaptativas que no llegan a convertirse en convicciones. Cuando nosotros, como sujetos en formación, no accedemos a un profundo conocimiento de nosotros mismos, o cuando se vive un ambiente de competencia y rivalidad, esto se refleja en el inicio de nuestra vida sacerdotal.

El inicio del camino sacerdotal, con frecuencia, rompe de un golpe los diques o las contenciones que se solían tener en el seminario. El recién ordenado puede librarse de pesados fardos llevados en la formación. Lo que no se haga por sí mismo y para sí mismo, no sucederá, cuando además prácticamente nadie se atreverá a pedirle cuentas. El recién ordenado, en sus primeros años cruciales, entra en un proceso de ejercicio de su identidad adulta que no es sencillo. Por la ordenación, queda revestido por el peso ontológico y moral, de prestigio, autoridad y poder, de superioridad sobre los fieles e igualdad con otros presbíteros; asume una responsabilidad que tendrá que llevar adelante por sí mismo con relativa autonomía y con el peso (nuevo) de tomar decisiones en torno a ello. Tiene ahora un alto nivel de independencia de movimiento y de ingresos, no tiene que “dar cuentas”, casi todo depende de su propia regulación. Pone en juego sus capacidades, habilidades y encantos como no lo había tenido que hacer hasta entonces. Se pone en juego delante de sus ahora pares en la comunidad presbiteral

Todo esto exige del neo sacerdote una respuesta individual, al tiempo que exige justificar de nuevo modo su diferencia en el estilo de vida. Su diferencia existencial le anima porque experimenta sus ricas posibilidades, pero también le reta. Amenazan las posibilidades de perder el sentido del estilo de vida elegido y que en el tiempo pasado era reforzado por lo externo. Ahora no hay a quien agradar... Si no se hace para otros, se corre el peligro de perder

consistencia, frescura, o peor aún, de buscar sentidos en otros espacios de relación: sus amistades, su propia familia, el dinero.

Es necesario volver a fundamentar las propias elecciones desde una novedosa perspectiva semejada ya con un nuevo nacimiento; es decir, matizadas por los nuevos contornos de experiencia. Sobre todo, porque en esta nueva situación de vida se hace imprescindible reencontrar las razones y motivos para mantenerse en el estilo de vida elegido delante de sí mismos, de sus pares, la Iglesia y de la sociedad en general.

El neo sacerdote entra, pues en una crisis de des idealización semejante a la que vivió Jesús con el Bautista. Jesús quedó impactado por su encuentro con Juan, pero luego se fue distanciando de él y fue abriendo su propio camino. La des idealización no llevó a Jesús al desencanto, sino a la potenciación de sus posibilidades.

Nosotros podemos fácilmente caer en el desencanto. Por eso es necesario recordar que la respuesta a este desencanto que podemos experimentar y compartir con otros, es la confianza. Solamente con una actitud confiada se puede vencer el desencanto. Por eso, proclamamos nuestra confianza en un futuro bueno, a pesar de todo. Puesto que, para nosotros, la vida es una promesa, una promesa de felicidad, una promesa que se prolonga incluso más allá de nuestra muerte física. Si estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, si formamos parte de la totalidad de la creación, entonces estamos llamados a la plenitud del amor y la felicidad, junto con todo cuanto existe.

Jesús estaba convencido de ello. Quizá por eso se fue alejando del Bautista. Porque Juan anunciaba el acercamiento de Dios para castigo, pero Jesús experimentaba el acercamiento de Dios como algo bueno y salvador. Sea como fuere, en un momento dado, quizá tras la entrega y prendimiento del Bautista, Jesús descubrió de algún modo que el tiempo de Dios había llegado y que le tocaba a él anunciar e iniciar su Reinado en su propia tierra, en Galilea.

Segunda etapa

Este paso del desierto y el Jordán a Galilea determina la ***segunda etapa*** en la historia posterior de Jesús como profeta anunciador del Reino. En este momento, Jesús dejó de impartir el bautismo y de anunciar directamente el juicio, para proclamar y escenificar la llegada del Reino de Dios, empezando por los más pobres, como profeta que anuncia conversión por las aldeas de Galilea. No anunció el Reino en las ciudades helenistas del entorno como Tiro, Escitópolis, Damasco, Gerasa, o en las capitales judías como Séforis y

Tiberíades, marcadas por la injusticia y la división social. “Posiblemente pensaba que en ellas no podía iniciarse un cambio humano, pues eran responsables de la opresión de los campesinos-artesanos. Fue profeta campesino, desde el campo de Galilea, donde proclamó el Reino de Dios a los pobres¹.”

Jesús, gran hombre, es cautivador -en primer lugar- por su calidad humana y su calidez personal. Este vecino de Nazaret, buscador de Dios, profeta del Reino, poeta de la compasión, curador de la vida, defensor de los últimos, amigo de las mujeres, maestro de vida², es una figura apasionante porque nos revela lo más humano del ser humano.

En el libro de los Hechos de los apóstoles, Lucas pone en boca de Pedro una descripción hermosa de Jesús de Nazaret como el hombre que pasó haciendo el bien y sanando a los poseídos del diablo, porque Dios estaba con él³. Jesús hizo de la compasión el principio configurador de toda su vida, su misión y su destino. Y la compasión -ya lo recordaba Jon Sobrino- es la reacción ante el sufrimiento ajeno interiorizado, que ha llegado hasta las entrañas y el corazón propios; es la acción del amor motivada única y exclusivamente con la intención de aliviar ese sufrimiento.

Jesús nos muestra lo que está más al fondo del hombre y lo que lo asemeja más con Dios. Lo que nos descubre la actuación de Jesús es que, al fondo del corazón de todo ser humano y al fondo del corazón mismo de Dios, está la compasión, el amor, el deseo de contribuir a la vida y al bienestar de los demás. Jesús nos muestra que nuestra esencia es el amor y la compasión. Como trasfondo de la actuación de Jesús, aparece siempre el sufrimiento de las mayorías, de los pobres, de los débiles, de los privados de dignidad, ante quienes se le conmueven las entrañas. Y esas entrañas conmovidas son las que configuran todo lo que él es: su saber, su esperar, su actuar y su celebrar.

Para este proyecto de iniciar el Reino como algo que ya está aquí, en medio de nosotros, Jesús quiso invitar a otros como colaboradores en este sueño. Esos otros fueron descubriendo, en un proceso lento de descubrimiento, que la promesa de vida plena se cumplía, para ellos, en Jesús. Esos otros fueron llegando poco a poco a la convicción de que Jesús es pura vida, vida súper abundante, y que su mensaje es una oferta de vida.

¹X. PIKASA, *Historia de Jesús*, Verbo Divino, Navarra 2013, p. 92.

²Estos títulos han sido bellamente desarrollados por José Antonio Pagola en su obra *Jesús, una aproximación histórica*, PPC, Madrid 2007.

³Hch. 10,38.

También nosotros nos hemos experimentado invitados a colaborar con Jesús en la construcción del Reino. Esto es lo que da sentido a nuestro ministerio presbiteral en la Iglesia. Pero después de un buen trecho de camino andado, estando a la mitad o más de la vida, podemos experimentar cansancio y rutina.

Cuando estamos entre los 40 y 55 años de edad, más cerca de los 50, pasamos a otra etapa en nuestra vida. Una etapa de actividad ferviente y madurez, de dar frutos de Reino, y a la vez una etapa de limitación, en la que ya “vamos de regreso...”

Histórica y eclesialmente, a quienes estamos en este grupo de edad, nos ha tocado vivir una época compleja, tensa y de grandes virajes. Después de la primavera del Concilio y las promesas posconciliares, frecuentemente en torno a los años 80, en América Latina, hemos pasado a lo que algunos han calificado como *Invierno eclesial*, con no poca monta de desilusión institucional en cuanto al crecimiento y posibilidades de acción en el corto y mediano plazo. Muchos cambios de tendencias se han sucedido en poco tiempo. De modo que de ser grupos eclesiales de expansión, se pasó, sin sentir, a ser grupos que vivencian un intenso constreñimiento y que intentan cuidar lo dificultosamente logrado. Esa dinámica institucional forma parte ineludible de nuestra historia y la matiza.

Además, la edad por la que transitamos es desafiante. En muchos sentidos, ya estamos hechos. El futuro ya no se experimenta como un horizonte totalmente abierto, nuestra trayectoria institucional está fundamentalmente trazada. Empezamos a tener más presente la preocupación y el cuidado por la propia salud, pues la muerte aparece como un horizonte posible.

Por una parte, tenemos la fuerza, la consistencia y la sabiduría que hemos ido acrisolando con la experiencia; somos punto de referencia para muchos y hemos adquirido experticias. Por otra parte, notamos ya la dificultad de cambiar costumbres, debilidades de carácter, obsesiones, adicciones, filias y fobias, viejas dudas y preguntas no resueltas.

Nuestra vida es una aventura abierta y compleja. Y nuestra vida como promesa se concreta –así lo creemos, puesto que nos llamamos cristianos- en la biografía particular de un ser humano completo y cabal, Jesús de Nazaret, que además creemos que es el Cristo de Dios. Él consumó el misterio de la unidad al que todos estamos llamados. Uno con Dios, uno consigo mismo, uno con los demás, uno con la creación, el único Cristo constituye nuestra referencia permanente. Estamos llamados a ser uno con él. Él es nuestro modelo, él da sentido a nuestra historia, él es “el alfa y la omega, el que es, y era y será, el Todopoderoso⁴.” En él podemos encontrar el camino que nos conduce a la

⁴Apoc 1, 8.

plenitud, a ser hijos en el Hijo y hermanos de todos por el amor. Para acoger la vida como una promesa, nos sentimos invitados a “poner los ojos fijos en el iniciador y consumidor de nuestra fe, Jesús⁵.”

Nuestra Iglesia, nuestras Diócesis y Congregaciones y toda nuestra labor pastoral han de estar en actitud de permanente reforma y renovación desde nuestro único referente: Jesús de Nazaret, crucificado-resucitado. A veces son otras lógicas, otras intenciones, otras motivaciones distintas las que pueden estar jalonando nuestra vida; y por eso, la invitación fundamental en esta segunda etapa de la vida es a mantenernos vigilantes y atentos, despiertos. Vigilantes, para que la aceptación serena de la realidad y sus limitaciones no se convierta en un cinismo que nos atrinchere en nuestras propias justificaciones. Atentos, para que lejos de mantenernos en una omnipotencia desbocada, mantengamos un cuidado amoroso de nosotros mismos y de los demás. Despiertos, para que una libertad gozosa y responsable no se pervierta en consumo desbocado de experiencias.

En la etapa media de la vida estamos invitados a la libertad. Pues para ser libres nos ha liberado Jesús. Y la libertad con la que vivió Jesús se manifestó, entre otras cosas, en su vida itinerante y disponible. En su compasión por los últimos. En su vida sanadora. Esos son los signos de libertad que pueden también reflejarse en una vida presbiteral gozosamente entregada.

Tercera etapa

El hecho de que Jesús haya sido siempre motivado por el amor y la compasión no hizo que su vida estuviera libre de conflicto. Todo lo contrario, según el testimonio evangélico Jesús fue un hombre en conflicto permanente. Afrontó acusaciones ofensivas y denigrantes, como la de que era un comilón y un borracho, amigo de indeseables⁶, un loco y endemoniado⁷, un blasfemo⁸. Tuvo continuas controversias con fariseos, saduceos y maestros de la Ley. Sufrió también amenazas y persecuciones por parte de Herodes y, finalmente, murió crucificado, bajo sentencia del procurador romano Poncio Pilato. Jesús, que fue amigo del pueblo y querido por las multitudes, fue a la vez perseguido por los poderosos de su tiempo. Gozó del cariño y la popularidad de su gente y sin embargo murió como un maldito, crucificado entre malhechores.

⁵Heb 12, 2.

⁶Mt 11, 18-19.

⁷Mc 3, 30.

⁸Mc 14, 61-64.

La **tercera etapa** en el camino de Jesús consiste, según Xavier Picasa en que “tras haber misionado en Galilea, Jesús debería haber subido a Jerusalén, como triunfador, acompañado por los campesinos convertidos, para instaurar el Reino. Pero su mensaje en Galilea fracasó (como había fracasado el del Bautista en el Jordán), pues la mayoría de los galileos no aceptaron su propuesta de Reino. A pesar de ello y por ello, convencido de que debía adelantarse el Reino, subió a Jerusalén para anunciar su llegada, como mesías real (davídico) y no sólo como profeta. Ese paso de profeta del Reino (Galilea) a mesías regio (Jerusalén) está determinado por la misma dinámica del Reino, es decir, por la actuación del Dios liberador de la tradición israelita en cuyo nombre actuaba Jesús. En un primer momento, él pudo pensar y pensó que los habitantes de Jerusalén podrían convertirse, acogiendo el Reino de Dios (empezando por los sacerdotes del templo), pero al ver que no lo recibían, él supo de hecho que debía dar la vida por la llegada del Reino⁹.”

Jesús pasó por todo lo que nosotros pasamos: el dolor, el conflicto, la muerte. Él es alguien de nuestra carne y de nuestra sangre, él no se avergüenza de llamarnos hermanos¹⁰. Él es –en palabras del Concilio de Calcedonia- hombre verdadero...consustancial con nosotros por su humanidad, en todo semejante a nosotros menos en el pecado. Y el pecado es -ni más ni menos- aquello que nos deshumaniza, que nos hace inhumanos, por eso Jesús no participa de él. Recuperar a Jesús hombre es la primera condición para poder acoger la vida como una promesa.

La vida de Jesús, como la de todo ser humano, estuvo marcada por logros y alegrías, por contradicciones y fracasos. La tercera etapa en la vida de los presbíteros, como la vida de cualquier ser humano, está marcada también por logros, alegrías, contradicciones y fracasos. Esta tercera etapa, en la que entramos cuando rondamos los 60 años –edad socialmente sancionada como el inicio de la vejez- está matizada por una gran pregunta: ¿Cómo he vivido el cambio en las condiciones históricas de la Iglesia y diocesana que coincide con mi trayectoria personal en el sacerdocio?

A partir de los 55 y en el camino a los 70 años parece que lo que toca es mantenerse vivo y vigente, pues el sujeto todavía tiene fuerzas, ánimo, creatividad, buena apariencia, salud psíquica y física, visión de futuro, conexión con lo nuevo y los nuevos. Pero a la vez, el sujeto comienza a experimentar que se evidencian límites crecientes en la salud general, la fortaleza física y el ánimo para emprender, la disposición para la relación, la innovación y la apertura para volver a invertir y empezar de nuevo.

⁹X. PICASA, *Op. cit.* p. 55.

¹⁰Heb 2, 11.

El énfasis puesto en *mantenerse*, en seguir viviendo la adultez en plenitud, en no dejarse acomodar o “ganar” por los cansancios que tocan la puerta define el cómo el presbítero transitará por este lapso. Si asume esperanzado la contienda interna pugnando por seguir vivo y vigente, alerta y conectado como el matiz dominante entonces seguirá siendo un activo y uno altamente valioso para el pueblo y la diócesis, para todos los que quiere y para los que sirve. También puede ocurrir que el esfuerzo del auto sostenimiento se estreche, pierda dimensión achicándose las fronteras de los intereses, preocupaciones, urgencias y entonces solo encontraremos sacerdotes enteramente dedicados a *cuidar de sí mismos* en cualquiera de las versiones en que ocurre.

En esta etapa, más que en ninguna otra quizá, nos encontramos con la paradoja que nos anunciaba Jesús: “quien se empeñe en salvar su vida, la perderá; quien la pierda por mí y por la Buena Noticia, la salvará¹¹.” Y así, la invitación del Espíritu para este tiempo puede quizá manifestarse de estas tres maneras: como la invitación de seguir al servicio de los demás, librando la tentación continua de servirse de justificaciones para dejar el servicio de los demás. Como la invitación de dar paso a lo nuevo y a los nuevos, venciendo la trampa de no querer ceder nuestro lugar a otros. Como la invitación de amar lo más gratuita e incondicionalmente que podamos, a Dios y a los demás, en lugar de dedicarnos a reclamar, a Dios y a los demás, las consecuencias de haber invertido nuestra vida de esta manera.

Hacia la plenitud

Ahora bien, Jesús, siendo uno como nosotros, no es uno más de nosotros. La singular humanidad de Jesús es la máxima revelación del misterio de Dios. En palabras del Concilio de Nicea, Jesús es de la misma entidad o naturaleza (*homoousios*) del Padre, engendrado, no creado por Él. Nada menor que Dios está en Jesús¹², de modo que quien se encuentra con Jesús se encuentra en realidad con Dios mismo. Por Jesús de Nazaret llegamos al Cristo total, pues Jesús es el Cristo de Dios, uno y el mismo.

Es aquí donde la promesa se ensancha hasta lo insospechado. El hecho de que el mismo Dios inefable se me haya dado a conocer en la persona de Jesús de Nazaret, el hecho de que -en Jesús- el mismo Dios se haya hecho hombre, nos lleva afirmar que la Encarnación es el gran acontecimiento, antropológico y

¹¹Mc 8, 35.

¹²Es así como Roger Haight interpreta las afirmaciones del Concilio de Nicea: “el significado de este concilio es que *nada menor que Dios* estaba, está presente y actúa en Jesús. Esto significa que el Dios que se encuentra en Jesús para nuestra salvación es realmente Dios. Es ésta una declaración de la divinidad de Jesús que implica una segunda declaración sobre Dios: éste es inmanente a la existencia humana y está personalmente presente en ella. Así es como Dios se autorrevela en Jesús.” R.HAIGHT, *Jesús, símbolo de Dios*, Trotta, Madrid 2007, pp. 298-299.

cosmológico del “Dios con nosotros”. Por el misterio de la Encarnación, Dios se une al hombre sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación; Dios se hace historia y es capaz de iniciar una historia de libertad con el hombre.

No sólo eso, sino que por el misterio de la Encarnación, Dios y el Universo se unen en admirable conjunción. Como dice nuevamente Teilhard, “sin confusiones, sin mezclas, Dios, el verdadero Dios cristiano, invadirá el Universo. El Universo, nuestro Universo de hoy, el Universo que os asustaba por su magnitud perversa o su pagana belleza. Lo penetrará como un rayo penetra un cristal; y a favor de las capas inmensas de lo creado se volverá para vosotros universalmente tangible y activo, muy próximo y, a la vez, muy lejano¹³.” Puesto que en Cristo, Dios está llevando a plenitud todo el Universo.

El cuarto evangelio, en su prólogo, expresa este gran acontecimiento en una frase: “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros¹⁴.” El Verbo, la misma palabra de Dios se hizo carne, tomó lo más humano de nuestra humanidad, y habitó entre nosotros. “La sensación que nos da en arameo el versículo *wa’ggen ban* es que la palabra de Dios (o esa palabra que es Dios) buscó protección entre nosotros, y que nosotros somos para ella -o al menos podemos serlo- un jardín, un Paraíso, un lugar donde se sienta cómoda y quiera morar para siempre¹⁵.”

Dios puso su tienda entre nosotros, en la persona de Jesús. La Palabra de Dios encontró morada y protección en el seno de María y María a su vez encontró sombra y cobijo en Dios: “El Espíritu del Señor vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra¹⁶.” Jesús es la *shejiná* de Dios, la tienda que Dios puso en nuestro campamento. Y por eso, como quiera que entendamos la divinidad de Jesús, hemos de abrirnos a la novedad que el Nazareno nos reveló sobre Dios mismo. Sabemos que Jesús, al comprenderse como Hijo enviado del Padre, modificó radicalmente nuestra manera de entender a Dios y lo religioso, revelándonos el verdadero rostro de Dios como *Abbá*.

Jesús nos reveló a un Dios amigo de la Vida, nos manifestó al Dios de los pobres, el Dios humano y sencillo, el Dios que suda en la calle, el Dios de rostro curtido. Jesús humanizó a Dios, nos reveló un Dios humano, tan humano como solo puede serlo Dios mismo. Jesús, como símbolo y sacramento de

¹³ P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*, Trotta 2008, p. 13.

¹⁴ Jn 1, 14.

¹⁵ A. AYA, *El arameo en sus labios. Saborear los cuatro evangelios en la lengua de Jesús*, Fragmenta Editorial, Barcelona 2013, p. 94.

¹⁶ Lc 1, 35.

Dios, nos lleva a exclamar: “¿qué Dios hay tan cercano (y tan humano) como nuestro Dios, siempre que le invocamos¹⁷?”

Por eso, para nosotros los creyentes, el Jesús al que confesamos como nuestro Señor, es Dios para nosotros, Dios con nosotros, Dios en nosotros¹⁸; con la sola condición de que estas afirmaciones no nos lleven a deformar a Jesús –concibiéndolo como un semidiós o un superhombre- ni a endiosarlo, haciendo de él alguien admirable pero no imitable.

Porque, en realidad, Jesús nos ha sido dado para que despertemos. Lo que aconteció en Jesús también puede suceder en nosotros. Y justamente de eso se trata, de que sigamos el camino abierto por Jesús y que su aventura espiritual sea también la nuestra. Y esto, simplemente, para que nos humanicemos y seamos verdaderamente felices, para que experimentemos ya desde ahora la plenitud.

Se trata de refrescar en nosotros la experiencia de Jesús y, a partir de ella, descubrir al “Cristo interior”, ese “Cristo naciente que – en palabras de Javier Melloni- está albergado en cada interior humano. Pues hay semillas de divinidad –la llamada a vivir la existencia como plenitud del recibir y del darse, tal como acontece en el interior de Dios- esparcidas por doquier. Jesús de Nazaret vino a despertarnos y desde entonces estamos amaneciendo a pesar de tanto adormecimiento nuestro¹⁹.”

Lo de Jesús nos humaniza verdaderamente, porque nos abre a “mostrar sensibilidad ante la vulnerabilidad y la dignidad de cada persona, ante su sufrimiento y el intento de aliviarlo, movidos por la compasión. Lo de Jesús nos abre a valorar la moralidad de las otras personas, pero no para juzgarlas sino para valorarlas en lo que tienen de bueno. Nos muestra la sencillez y la relación entre ética y religión, entre la creencia y la práctica y defensa de la justicia. Lo de Jesús, en fin, nos invita a buscar consuelo en un Dios, que es *Abbá* misericordioso y compasivo, incluso hacia quienes no se han hecho acreedores ni de misericordia ni de compasión²⁰.”

Lo de Jesús nos humaniza verdaderamente, porque amplía nuestra visión y nos lleva a reconocer en aquello que calificamos de “mundano y material”, una presencia sagrada que todo lo invade. Pues el Medio divino en el cual existimos, nos movemos y somos, es este Cristo Total en quien todo tiene su

¹⁷Ver Dt 4,7.

¹⁸Ver J.I.GONZÁLEZ FAUS, *El rostro humano de Dios, de la revolución de Jesús a la divinidad de Jesús*, Sal Terrae, Santander 2007, pp. 42-49.

¹⁹J. MELLONI, *El Cristo interior*, Herder, Barcelona 2010, pp. 13-14.

²⁰Estas ideas son de Manuel Fraijó, profesor de Filosofía de la Religión, en la ponencia inédita “Volver a Jesús de Nazaret hoy”, del 12 de diciembre de 2012 en Madrid.

consistencia, este Cristo Universal, punto omega hacia el que tiende la evolución del Universo entero. Asumir la vida como una promesa nos ayudará a vivir en el presente a la manera de Jesús, y a esperar confiadamente que, en el futuro, “Él será todo en todos²¹.”

Jesús de Nazaret nos muestra la manera de conectar con lo divino que habita en nosotros. Nos muestra también la manera de conectar con nosotros mismos comprensiva y compasivamente. Y nos revela la manera de pasar por este mundo aliviando el sufrimiento ajeno, conectando con los demás desde la compasión y hasta la entrega total. Jesús es un espejo en el que podemos mirarnos, es un lugar en el que podemos encontrarnos con nuestro ser esencial. Lo que admiramos en él podemos practicarlo nosotros mismos, con ayuda del Espíritu Santo.

Podemos vivir conectados con la compasión, como Jesús lo hizo. Si volvemos a la realidad Una, a ese origen luminoso que a todos nos constituye, a ese fondo de luz en el que nos encontramos con nuestro ser esencial, nuestro ser más profundo. Podemos mantenernos conectados a esa parte interior de nosotros mismos que es sabiduría y amor incondicional, ese misterio que nos habita y que es la *dynamis* divina, el Espíritu que atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

Jesús nos invita a cambiar nuestra mirada discriminatoria por una mirada compasiva. Al respecto, José Antonio Pagola nos recuerda que lo que cualifica la santidad de Jesús no es la separación de lo impuro, sino su amor compasivo, amor que se activa ante el sufrimiento queriendo aliviarlo. La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante el ser humano, lo primero que brota de sus entrañas de Padre. Dios es compasión y amor entrañable a todos, también a los impuros, los privados de honor, los excluidos de su Templo...Dios nos lleva a todos en sus entrañas. Por eso, la compasión es para Jesús, la manera de imitar a Dios y ser santos como Él. Mirar a las personas con amor compasivo es parecerse a Dios; ayudar a los que sufren es actuar como Él²².

Jesús mostró una admirable capacidad de conectar con las necesidades de su pueblo. Con sus curaciones y exorcismos nos mostró el rostro de un Dios amorosamente sensible a la vulnerabilidad y la dignidad de cada persona, un Dios que carga con nuestros sufrimientos y alivia nuestros dolores, pues responde a nuestras necesidades fundamentales. Él concibió su propia misión como una misión de liberación, de atención a los necesitados. Cuando, un

²¹Col 3, 11.

²² Se puede ver el capítulo 5: *Poeta de la compasión*, del hermoso libro de J.A. PAGOLA, *Jesús. Una aproximación histórica*, PPC Madrid 2008.

sábado en la sinagoga de Nazaret se levantó para hacer la lectura, encontró el pasaje del profeta Isaías que dice: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor. Lo cerró, se lo entregó al empleado y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Él empezó diciéndoles: Hoy, en presencia vuestra, se ha cumplido este pasaje de la Escritura²³.”

“El poder que tenía y contagiaba Jesús era para curar...Curación, curación, curación, este es el término clave para entender la experiencia de Jesús; el término que reconcilia la palabra de Jesús con la vida. Por eso, no descartemos alegremente la posibilidad de que Jesús no vino a traer la salvación sino la sanación de su mundo²⁴.” Pobres, cautivos, ciegos, oprimidos, representan a la multitud de necesitados que buscan en Jesús una respuesta. La fuerza sanadora que salía de Jesús, de todo él, no diferencia entre lo corporal, lo espiritual, lo emocional o lo mental. Todo aquel que se acercaba a Jesús lograba sanar, sin tampoco distinguir si era enfermo del cuerpo, del espíritu o de la mente. Nuestros mundos rotos, en los que dividimos y separamos “lo espiritual” de “lo material”, se recomponen y unifican a la luz de la revelación.

Jesús emana de sí esa capacidad de sanar lo enfermo y fertilizar lo marchito, pues él es portador de la bendición de Dios. Todo aquel que está en necesidad encuentra en Jesús una respuesta. Él es capaz de comprenderlo y escucharlo todo en los hombres de su tiempo. Todas las necesidades fundamentales del ser humano hallan respuesta en su amor.

²³Lc 4, 18-21.

²⁴A.AYA, *El arameo en sus labios. Saborear los cuatro evangelios en la lengua de Jesús*, Fragmenta Editorial, Barcelona 2013, p. 55.

Para los presbíteros de 0 a 5 años de ordenados:

- a) ¿Quiénes han sido los Juanes Bautistas en mi vida, aquéllos que me han señalado al Cordero de Dios y me han invitado a seguirlo?
- b) ¿Cómo estoy viviendo esta etapa de des-idealización, dando continuidad a mi formación básica y rompiendo la idea de que “ya estoy hecho”?
- c) ¿Cuáles son las tentaciones que me pueden acechar en el descubrimiento de mi propio lugar en la familia diocesana y cómo las estoy afrontando?

Para los presbíteros de 40 a 55 años de edad:

- a) Desde tu ministerio presbiteral ¿De qué manera estás colaborando con Jesús en la construcción del Reino?
- b) ¿Cómo estoy abordando, atento y vigilante, los desafíos propios de mi etapa de vida?
- c) ¿Cuáles son las tentaciones concretas que se me están presentando en la aceptación serena de la realidad, en el cuidado amoroso de nosotros mismos y de los demás, y en la vivencia de una libertad gozosa y responsable? ¿Cómo las estoy afrontando?

Para los presbíteros de 55 a 70 o más años de edad:

- a) En esta etapa de mi vida ¿Que estoy haciendo para mantenerme vivo y vigente, alerta y conectado, al servicio de la Iglesia?
- b) ¿Cómo se encarna en mi historia la paradoja que nos anunciaba Jesús: “quien se empeñe en salvar su vida, la perderá; quien la pierda por mí y por la Buena Noticia, la salvará”?
- c) ¿Cuáles son las tentaciones que me impiden seguir al servicio, dar paso a lo nuevo y amar gratuita e incondicionalmente a Dios y a la gente?